

“Se propone que la educación en la fe en las instituciones educativas sea integral y transversal en todo el currículo, teniendo en cuenta el proceso de formación para encontrar a Cristo y para vivir como discípulos y misioneros suyos...” (Aparecida 338).

LA ENSEÑANZA RELIGIOSA ESCOLAR: ESPACIO DEL DIÁLOGO FE – CULTURA

El fin primero de la Educación agustiniana latinoamericana es este: “Formar integralmente al alumno a través del desarrollo de sus potencialidades según el currículo vigente en cada país, iluminado longitudinal y transversalmente *por el Evangelio por medio de la filosofía educativa agustiniana* para que haga uso de sus conocimientos en bien propio y de la comunidad”. En este marco se inserta la presencia ponencia sobre la enseñanza religiosa escolar para fundamentar el diálogo fe-cultura.

El currículo educativo longitudinal.-Se denomina Currículo Educativo Longitudinal al conjunto de objetivos, contenidos, criterios metodológicos y de evaluación de una Asignatura que se desarrollan a través de los diferentes niveles, ciclos y grados del sistema educativo marcando así toda la vida educativa del alumno. Tiene tres niveles: El Currículo Nacional, el Proyecto Curricular de Centro y el Proyecto Curricular de Aula.

Por tanto, **el objetivo** sería: Formar a los alumnos para el diálogo fe-cultura a través de los programas longitudinales de la enseñanza religiosa.

Antecedentes: La plataforma educativa y evangelizadora de un Colegio católico-agustiniano tiene que hacerse desde tres niveles: 1º La propuesta antropológica agustiniana o manera de ser hombre o mujer en el mundo. 2º Propuesta diálogo fe-cultura, que normalmente asume la enseñanza religiosa y 3º Propuesta explícita de la fe que incluye la catequesis, dentro o fuera del Colegio.

Para hacer la síntesis fe-cultura el alumno debe tener no solo una simple información del fenómeno religioso, sino las claves de interpretación de experiencias vitales. Su Objetivo peculiar es proponer el sentido cristiano del mundo, del hombre y de la historia y desde ahí, discernir las demás visiones que nos proporciona la cultura actual.

Evangelizar es situar al alumno ante el mundo de manera crítica, enseñándole a leer sus claves y su significado según los valores cristianos. Este es el rasgo, el sello, el talante, el duende de la escuela católica-agustiniana. Esta pedagogía del umbral es el primer rasgo que define a la escuela católica y tiene tres dimensiones:

- a. Educar para la utopía o la esperanza: es cultivar expectativas, preparar a hombres y mujeres que se nieguen a aceptar la realidad como única realidad posible y se empeñen en su transformación; es educar en el valor de la vida, su significado, su sentido y su destino, la superación de las estructuras injustas, la capacidad de mejorar el mundo, o sea: sembrar el Reino.
- b. Educar para la búsqueda: lo que supone desarrollar la capacidad de preguntarse y no sólo de aprender; desarrollar la capacidad crítica y transformadora y no sólo la integración al sistema. Desarrollar la apertura al misterio, descubrir el sentido sacramental de la vida y del mundo, adquirir competencias espirituales.

- c. Educar para los valores: se llega al umbral de la fe apoyándose en ciertos valores humanos fundamentales. Antes de sentir la necesidad de que alguien me salve, he de descubrirme yo mismo como alguien, no como algo, se trata de ser la persona que nos permiten nuestras capacidades. La persona es lo más valioso que tenemos. Lo que nos une es que somos personas, todas hechas a imagen de Dios.

1.- FE-CULTURA Y DIÁLOGO FE-CULTURA

“La fe es certeza de lo que se espera y prueba de lo que no se ve”. Nuestra fe posee una cosmovisión que engloba la concepción de Dios, del mundo y del hombre desde su inicio hasta su final. Tiene como referente máximo a la persona de Jesucristo.

La cultura es la manera de ser y de hacer de cada sociedad, lo que envolverá el universo moral del hombre que la compone y sus contenidos propios. El primero que definió el término cultura fue Tylor en 1871: “es el complejo compuesto que incluye el conocimiento, las creencias, las artes, la moral, las leyes, las costumbres y cualesquiera otras aptitudes y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de una sociedad”. Es también el ámbito en el que se desarrolla la actividad espiritual y creadora del hombre. Mi cultura es el espíritu del pueblo al que pertenezco y que impregna mi existencia cotidiana. J.A. Marina dice que “cultura es todo lo que se le ocurre a la inteligencia para humanizar la realidad”.

La fe es la respuesta del hombre a Dios que se revela, es una adhesión personal a Dios e, inseparablemente, el asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado. Es también una gracia, un don de Dios, una virtud sobrenatural, un auxilio del Espíritu Santo que mueve al corazón hacia Dios. Pero la fe también es un acto humano, no contrario a la libertad ni a la inteligencia. Santo Tomás la define así: “*Creer es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina, por imperio de la voluntad, movida por Dios mediante la gracia*”. Dios no es frontera ni muro. Dios es horizonte. No está entre los objetos encontrables. Hay que sentirlo. Exigencia de la fe es creer lo que no vemos. El premio de la Fe es ver lo que creemos, decía san Agustín.

Poner a dialogar la fe y la cultura implicará ver la manera de ser y de hacer de cada sociedad, y desde los contenidos de la fe, asumir una actitud crítica ante todo aquello que a nivel ético no coincide con la fe que se profesa.

Los primeros cristianos tuvieron que hacer creíble su mensaje en una cultura alejada de la fe. Salvando las distancias, hoy la situación es semejante, y exige que los creyentes intervengan activamente en la creación de la cultura. Cuando hablamos de la enseñanza religiosa escolar (ERE) hacemos referencia a la presentación del Mensaje y el acontecimiento cristiano que haga posible la síntesis entre la fe y la cultura. Esto significa que para realizar esta síntesis ha de darse el diálogo entre ambas realidades. Respecto a la expresión: “diálogo fe-cultura”, decía Juan Pablo II: “*El cristianismo del tercer milenio debe responder cada vez mejor a esta exigencia de inculturación. Permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado*”NMI,40)

Aun cuando el término “inculturación” entró a formar parte del lenguaje oficial eclesialístico no hace muchos años, la problemática de la inculturación está presente a lo largo de toda la historia de la Iglesia. A nosotros nos toca hoy también hacer posible el diálogo de la fe con las realidades culturales que viven y descubren los alumnos. Esto significa que el profesor de religión no debe hacer una exposición ahistórica del mensaje cristiano -como si la palabra de verdad que presenta fuese ajena a la búsqueda de luz por parte de los hombres de hoy-, sino que habrá de tener en cuenta los gozos, las esperanzas y

preocupaciones de los alumnos a los que se dirige. Para ello será imprescindible el conocimiento de la cultura a la que pertenecen tanto el profesor como sus alumnos con el fin de dar cuenta no sólo de las sombras, sino también de las luces que le ayuden a presentar a Jesucristo como acontecimiento salvador. Actuando de esta forma estará siendo fiel al principio fundamental de la economía cristiana: la encarnación del Hijo de Dios. *El Hijo de Dios se hizo lo que nosotros somos, para que pudiéramos nosotros llegar a ser lo que Él es*, decía san Ireneo. (*Adv. Haereses* III, 19, 1). Al hombre de hoy, no basta hablarle de Dios o de Xto., hay que hablarle primero de él mismo. Es necesario escucharle. Porque si no es así, podemos estar dando respuestas a preguntas que nadie se hace.

En el concilio de Jerusalén, (He, 15) Pablo defendió la necesidad de presentar la fe a los griegos sin que estos tuvieran que asumir la cultura judía. (No olvidemos que la fe judía viene ligada, como un todo, a su cultura y a su historia). Este proceder de San Pablo es un claro ejemplo de cómo la Iglesia ya desde sus inicios ha tratado de responder al mandato de Jesucristo: “Vayan y enseñen a todas las naciones...” intentando descubrir cuáles son los *valores culturales* que en diálogo con el Evangelio son susceptibles de ser asumidos y llevados a la plenitud. Así la Iglesia se abre a la universalidad, y el Evangelio conserva su independencia por encima de los diferentes presupuestos culturales. La Iglesia supera el peligro de quedar reducida a una secta cerrada, incapaz de aceptar el desafío de los nuevos pueblos que van llegando a la fe cristiana.

Otro ejemplo. Desde el comienzo de la misión cristiana Pablo procuró tender puentes con la cultura griega buscando puntos de anclaje que hicieran posible a sus oyentes la acogida del Evangelio. En este sentido, la actitud de Pablo en el Areópago, haciendo referencia al *Dios desconocido* como punto de contacto para poder anunciar el mensaje cristiano, es ejemplar. El deseo de dar a conocer la nueva fe cristiana en un marco cultural diferente al suyo, le obliga a partir de un dato inscrito en la realidad creada y del que participaba la cultura griega: la apertura a la trascendencia. Pero como el anuncio cristiano no se reduce a la sabiduría de este mundo, sino que incluye la confesión de Cristo resucitado, y eso requiere la fe, entendemos por qué le dijeron riendo: “en otro momento te escuchamos”. Se pone así de manifiesto cómo ambas realidades, razón y fe, a pesar de las tensiones entre ambas, son necesarias para dar a conocer el evangelio de Jesucristo. Juan Pablo II, en el comienzo de la *Fides et ratio*, dice a este respecto:

“Fe y Razón son como las dos alas con las cuales el espíritu humano se eleva hacia la contemplación de la verdad. Dios ha puesto en el corazón del hombre el deseo de conocer la verdad y, en definitiva, de conocerle a Él para que, conociéndolo y amándolo, pueda alcanzar también la plena verdad sobre sí mismo”.

De lo que se trata aquí y ahora es de mostrar cómo la ERE, en diálogo con la cultura, es una forma concreta de evangelización en el ámbito educativo que responde a los retos culturales de nuestro tiempo.

1.1 ¿Qué es evangelizar?

El origen de la Iglesia es la experiencia de un encuentro: Jesús se mostró vivo a unos asustados discípulos; a raíz de esto, cambian la huida temerosa tras la muerte de su Maestro por la valentía de predicar sin miedo esa experiencia transformadora. En la raíz de este testimonio hay una certeza: “A este Jesús Dios lo ha resucitado” (Hech 2, 32); un envío: “Vayan y hagan discípulos a todas las gentes” (Mt 28, 19); una seguridad: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20) y una fuerza interior: “Recibirán la fuerza del Espíritu Santo” (Hech 1,8). La Iglesia, pues, ha recibido de Jesús, que es el Evangelio en persona, mensaje y mensajero, el encargo de anunciarlo hasta los confines de la tierra y hasta el final de los tiempos. Esta tarea se ha venido rea-

lizando a lo largo de la historia de la Iglesia de formas diversas, habiendo recibido estos nombres: misión, apostolado y evangelización.

Pablo VI sacó en el año 74 la exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi* donde habla de la evangelización como la “*dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda*” (EN, 14).

1.2 La Iglesia existe para evangelizar (y la escuela católica, también)

Para la Iglesia, evangelizar significa “*llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformarla desde dentro, renovando a la misma humanidad*” (EN, 18). Esa es su identidad más profunda, de manera que una Iglesia que no evangeliza no es fiel al mandato de su Señor y manifiesta una clara debilidad en su fe. Lo decía también Pablo: “*Porque anunciar el evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo, ¡y ay de mí si no anunciara el evangelio!*” (1Cor 9,16). Por tanto, no se concibe la Iglesia sin la referencia a la persona de Jesucristo que, enviado por el Padre, hace presente el Reino de Dios como salvación, una salvación que incluye necesariamente la promoción humana, pero que no se reduce a ella, pues la trasciende abriéndola a la comunión con el Dios vivo y verdadero.

La evangelización incluye una exigencia de transformación del mundo que haga posible una realidad nueva, el sujeto evangelizador es también portador de una palabra que, al no ser suya, sino de Dios, exige obediencia a dicha palabra. Esto pide el equilibrio de estas dos exigencias, lo que no siempre es fácil: ni reducir la fe a una piedad desencarnada, ni su reducción a un compromiso temporal sin referencia a Dios.

En el Concilio la Iglesia tomó conciencia de la distancia creciente que le separaba del mundo desde el comienzo de la Modernidad. El teólogo W. Kasper dice que “*durante los últimos doscientos años ha nacido en Europa una nueva cultura en la que apenas ha penetrado el espíritu del evangelio, por lo que el abismo existente entre la fe y la cultura moderna es precisamente el drama de nuestro tiempo*”¹. Sin duda repetía lo dicho por Pablo VI: “*La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo*” (EN, 20). Drama para la fe, porque si en esta nueva cultura no puede encontrar cauces de expresión, no podrá ser entendida ni vivida por las personas, y drama para la cultura que, al margen de la fe, puede perder la apertura de la trascendencia, algo consustancial al hombre, al que le arrebatarían lo mejor.

Esta ruptura se traduce hoy en el creciente predominio de una visión inmanentista, en un nuevo paganismo, especialmente en Europa, y en la dificultad que encuentra la Iglesia para transmitir la fe a las nuevas generaciones que ya viven este ambiente. De ahí que Juan Pablo II hable de “nueva evangelización” para referirse a cómo la Iglesia ha de cumplir hoy su misión, en una situación nueva para el hombre y para la sociedad.

El hombre al que la Iglesia debe presentar a Jesucristo, “el mismo ayer, hoy y siempre” (Hb 13, 8), como una añorada noticia que colme su deseo de felicidad, no siempre es el mismo. El hombre cambia su autocomprensión con el tiempo. La entrada en el escenario histórico de la modernidad y la post modernidad como movimientos culturales ha promovido una idea del hombre y de la sociedad distinta a la de otras épocas, lo cual significa que la evangelización de estas nuevas culturas –puesto que se han modificado los centros de interés, los criterios y principios sobre los que este hombre postmoderno

¹ *Teología e Iglesia*, Herder, Barcelona 1986, 69.

construye su vida- ha de ser portadora de una novedad que, sin renunciar a la sustancia de la misma, salga al paso de las nuevas claves y denuncie la falta de dinamismo de la fe hoy.

Después del enciclopedismo ilustrado y la racionalización a ultranza del siglo XVIII-XIX, aquella sociedad cristiana pasó a ser una sociedad secularizada y pluralista. *Secularizada* porque la religión pasa del ámbito público al privado, dejando de tener relevancia a la hora de organizar y administrar la sociedad. *Pluralista* porque la fe cristiana, en cuanto cosmovisión global que otorga sentido a la realidad existente, tiene que compartir este puesto con otras visiones del mundo, tanto religiosas como agnósticas. La *exigencia de inculturación* de la que habla Juan Pablo II responde a esta nueva sociedad pluralista y secularizada.

Un lugar privilegiado para que la fe se encuentre con la cultura de hoy es la escuela. Porque solo en la escuela se puede realizar una transmisión orgánica, sistemática y crítica de la cultura. En ella, el alumno se encuentra con la visión de la realidad en la que se forma, los modelos de pensamiento que le ayudan a elaborarla, el código ético que guía sus actuaciones y el marco social en el que se integra su colegio. De ahí que la escuela no puede quedar al margen de la labor evangelizadora de la Iglesia, pues la presencia del Evangelio en el marco escolar posibilita a los alumnos hacer un discernimiento sobre la cultura de su tiempo.

1.3 Evangelizar con la vida

¿Cómo se evangeliza? ¿con discursos, con un currículo bien montado? Sí y no. De lo que sí estoy seguro es que se evangeliza con la vida. La forma de vida de los cristianos en el tiempo de los Santos Padres fue un elemento decisivo en la evangelización de la cultura. La manera de vivir de las comunidades cristianas era un espectáculo a los ojos de los paganos, suscitando una gran impresión. Muchos de los escritores del siglo II se convirtieron porque, además del encuentro con la Palabra de Dios, admiraron las actitudes de los cristianos. Su forma de vida era el argumento más convincente que esgrimirán en favor de la verdad de su fe. Lo dice el libro de los Hechos: “miren cómo se aman”. Los mismos textos de la patrística nos indican la forma de vida de los primeros cristianos. La carta a Diogneto dice:

“Los cristianos, en efecto, no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su lengua ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivamente suyas, ni hablan en lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás. En verdad, esta doctrina no ha sido por ellos inventada gracias al talento y especulación de hombres curiosos, ni profesan, como otros hacen, una enseñanza humana; sino que, habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo, y adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de conducta peculiar, admirable, y, por confesión de todos, sorprendente”.

No olvidemos que los cristianos hubieron de sufrir múltiples calumnias por parte de sus coetáneos, algunas de ellas inverosímiles: *ateísmo* -no adoraban al emperador-; de *canibalismo* -Eucaristía-, etc. Pero con sus vidas, sencillas y desconcertantes a un tiempo, supieron dialogar con sus contemporáneos y fueron el origen de una nueva sociedad.

1.4 La escuela, lugar de evangelización

El documento “La escuela católica” al hablar de las funciones de la escuela dice cuatro cosas importantes: **1)** la escuela es verdaderamente un lugar privilegiado de promoción integral del alumno mediante un encuentro vivo y vital con el patrimonio cultural; **2)**

para que se dé este encuentro se ha de ayudar al alumno a confrontar dicho patrimonio con los problemas de su tiempo; **3)** detrás de todo Proyecto educativo hay una cosmovisión, una forma de ver y entender el mundo, sustentada en unos valores en los que se cree y que otorgan al educador autoridad para educar; **4)** un Proyecto educativo que se dirija a la totalidad de la persona debe poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura, con el fin de activar la dimensión espiritual del sujeto para que alcance así una libertad que se fundamente en los valores absolutos. (*La escue. católica*, n.º. 25-32).

Según esto ¿qué debe priorizar la escuela, a los *técnicos* para que promuevan el desarrollo material de la sociedad? ¿La formación de *ciudadanos* que aprenden a vivir en democracia y a gestionar los asuntos públicos? ¿O la formación de *hombres* que sepan responder a la pregunta por el sentido de su vivir, siendo conscientes de su vocación personal? Obviamente las tres tareas son necesarias, pero a nadie se le escapa que preparar un técnico es algo relativamente fácil, hacer un buen ciudadano ya no lo es tanto, pero forjar un hombre nuevo es tarea poco menos que imposible, porque el hombre no es un objeto, no sabemos su por qué ni su para qué, ni tenemos un manual de funciones que nos indique cómo debe responder para estar a la altura de su humanidad. Para que la escuela lleve a cabo esta formación integral, ha de cumplir estas tres funciones esenciales: *instrucción*, que responde a la pregunta ¿qué son las cosas y el mundo en que estoy?; *formación*, que responde a la pregunta ¿cuál es el sentido de las cosas y de la historia en que vivo?; *educación*, ¿quién soy yo y cuál es mi peculiar destino?

Por eso la escuela, como institución educativa que atiende a la formación integral de la persona, mediante la transmisión sistemática y crítica de la cultura, no puede reducir esta transmisión sólo a aquellos saberes fundamentados en una racionalidad instrumental, pues con ello se está imposibilitando, al menos como pregunta, la cuestión de la actitud del hombre ante Dios. Es desde la perspectiva de una formación integral desde donde hay que situar la necesidad de la ERE, pues ésta no sólo debe *instruir* en saberes, sino también *educar*, algo que no se puede llevar a cabo sin el cultivo de las diversas dimensiones de la personalidad de los alumnos, entre las que se encuentra la religiosa.

1.5 Aportación de la ERE a la evangelización

La ERE, desde el punto de vista académico, como cualquier otra asignatura, posee un desarrollo curricular, pero sin olvidar la originalidad de dicha materia, pues hay una referencia insoslayable al Evangelio. Esta asignatura tiene su puesto propio dentro del ministerio de la Palabra. Su peculiaridad consiste en el *ámbito original* en que se ejerce (el escolar, con sus normas) y en el *fin original* que busca: hacer posible la síntesis fe-cultura al interior del proceso educativo.

Por medio de la ERE el alumno integra en su formación humana la dimensión religiosa; logra un diálogo interno entre la fe y el saber humano y procura que los sentidos de vida propuestos por otras disciplinas puedan integrarse en el sentido radical que proporciona la fe. La ERE supone un proceso de inculturación del Evangelio en el ámbito escolar. A medida que el alumno va conformando su personalidad con la incorporación, entre otros elementos, de los datos objetivos de los distintos saberes que le transmite la escuela y la interpretación de los mismos, la ERE le presenta, en una posición de diálogo con la cultura, el sentido cristiano del hombre, del mundo y de Dios. En una palabra, presenta al alumno la totalidad de la vida humana a la luz de la revelación. Para que haya inculturación del Evangelio en la escuela hay que estar atentos a las claves culturales que definen dicho ámbito, pues sólo así descubriremos los retos que nos lanzan para una presen-

tación adecuada del mensaje cristiano. De ahí que la ERE, a través del diálogo, tenga como objetivo la síntesis entre la fe y la cultura, siendo este objetivo una exigencia que se deriva de la naturaleza de cada una de esas claves, como dice este texto de J. Pablo II:

“La síntesis entre la cultura y la fe no es solamente una exigencia de la cultura sino también de la fe. Una fe que no se convierte en cultura es una fe no aceptada plenamente, no pensada enteramente, no vivida fielmente”².

Durante muchos siglos, la cultura occidental ha asistido como testigo privilegiado a la convivencia entre la fe cristiana y el pensamiento que se iba elaborando con la ayuda de la razón. Históricamente podemos señalar tres momentos fundamentales en dicha relación: el comienzo de la época cristiana, cuando Pablo anuncia en el Areópago al Dios desconocido como cumplimiento de algo esperado. Después vino la reflexión de los Santos Padres, en especial san Agustín, que vertieron el mensaje cristiano en unas categorías inteligibles a sus contemporáneos. Después vino la Edad Media donde la razón se convierte en vehículo de una fe que, contando con la realidad de Dios, busca comprender, donde destaca en especial S. Tomás de Aquino que, valiéndose de Aristóteles, enriqueció el pensamiento racional y religioso con una síntesis profunda entre la filosofía y el Evangelio. Y, por último, la Edad Moderna, donde la razón, liberada poco a poco de la tutela de la fe, fue promoviendo un mundo autónomo sin referencias a Dios. Es esta situación, iniciada con el Renacimiento, y que tiene su momento cumbre en el enciclopedismo y la Ilustración (S.XVIII), lo que lleva a la Iglesia a tomar conciencia de la nueva perspectiva en que se sitúan los problemas fe-cultura.

Es la encarnación de Cristo la que exige la inculturación de la fe en todos los ámbitos humanos, sin olvidar que la fe necesita de mediaciones culturales para poder expresarse ya que no existe una fe químicamente pura. La fe en Cristo no es el *resultado* de ninguna cultura, es un don de Dios, que se atiende a todas y a ninguna. ¿Cómo hacer accesible el mensaje de la Iglesia a las nuevas culturas, a las formas actuales de la inteligencia y de la sensibilidad? ¿Cómo puede la Iglesia de Cristo hacerse oír por el espíritu moderno, tan orgulloso de sus realizaciones y al mismo tiempo tan inquieto por el futuro de la familia humana?

La cultura moderna, penetrada de indiferencia religiosa, exige un esfuerzo de inculturación que nos obliga a: 1º) tener una voluntad de acogida y de discernimiento crítico; 2º) desarrollar la capacidad de percibir las aspiraciones humanas de las nuevas culturas; 3º) adoptar una actitud adecuada para el análisis cultural en orden a un encuentro efectivo con el mundo moderno. De ahí que junto a los valores positivos que encontramos en la cultura moderna (GS, 57) debamos también desarrollar una conciencia crítica que nos permita descubrir las sombras que cubren el horizonte. No obstante, en todo proceso de evangelización son los desafíos los que, bien identificados y discernidos, requieren nuestra atención y nos obligan a entrar en diálogo con ellos.

1.6 De los excesos de la razón...

En la Edad Media el único centro que funciona y en torno al cual todo gira es Dios. Este teocentrismo montó cruzadas, elevó catedrales, organizó la sociedad en torno a un pasado religioso perfecto. Pero con el Renacimiento le salió otro centro de atracción y preocupación: el hombre. Durante un tiempo, teocentrismo y antropocentrismo convivieron, pero los cambios introducidos dan lugar a preguntas que la vieja religión no podía res-

² J. Pablo II, *Alocución al Consejo Pontificio para la Cultura*. Roma, 1982.

ponder. La fe cristiana, incapaz de cohesionar la nueva Europa emergente, deja poco a poco el testigo a la razón sin que la fe desaparezca, por supuesto. Se inicia con el “pienso luego existo” de Descartes, avanzó con los descubrimientos científicos de Copérnico y Galileo y llega a su cima con la Revolución Francesa (1789) empujada por el Enciclopedismo y la Ilustración donde la razón, liberada de la tutela de la fe, promueve un mundo autónomo sin referencias a Dios.

Especialmente duro para la fe fue constatar que no somos el centro del universo ni el hombre es el rey de la creación. Este giro copernicano asesta al hombre medieval un duro golpe al desplazarle de la posición central que ocupaba en el universo por voluntad divina -ser imagen y semejanza de Dios-. A partir de entonces se ve en la necesidad de reconstruir el mundo buscando la seguridad del conocimiento en su propia subjetividad, lo que le convierte en la medida de todas las cosas. Esta nueva orientación antropocéntrica es el hilo conductor de la modernidad, un acontecimiento cultural guiado por un proyecto: el hombre toma conciencia de su propio poder para organizarse en torno a sí. Lógicamente, uno de los dos centros sobraba: sobraba Dios. El hombre puede ser humano sin Dios. Cuando más tarde venga Nietzsche diciendo que “Dios ha muerto” solo fue para constatar que la fe en Dios ya no movía los ejes de la moderna sociedad, había sido sustituido por la razón.

1.7 ... A la cura de la humildad postmoderna

Pero, ay, las esperanzas se quemaron. Tampoco la razón pudo organizar la sociedad sobre bases de justicia, paz y prosperidad para todos. El filósofo Adorno, en su *Dialéctica de la Ilustración* trata de comprender por qué la humanidad, en lugar de entrar en un estado verdaderamente humano, se hunde en nuevos estilos de barbarie y totalitarismo. El *pensamiento fuerte* de la modernidad, que trató de imponer a todos la verdad objetiva y universal, se vio desplazado por el *pensamiento débil* de la postmodernidad, que invoca la tolerancia y el respeto a la pluralidad de discursos -todos ellos válidos-. Se acabaron los grandes relatos, nadie cree en ellos. Se instala así el relativismo postmoderno que desconfía de la capacidad de la razón para alcanzar la verdad. Lo que comenzó siendo el proyecto emancipador de la razón ilustrada, por el que se otorgaba al hombre la responsabilidad de construir su propia historia con la ayuda de una libertad que se despedía de su minoría de edad, terminó convirtiéndose en totalitarismos, dictaduras y sangre.

La primera víctima de esa racionalidad omnicomprensiva fue el cristianismo, por no someterse a los “límites de la razón” (Kant). Carnap y Ayer decían que la metafísica era un *non sense*. El metafísico ya no es un delincuente al que hay que condenar, sino un enfermo al que hay que curar. Para los filósofos del Círculo de Viena solo los enunciados que se pueden verificar tienen verdadero sentido. Tuvo que venir Karl Popper para decirnos que un enunciado es válido mientras no se demuestre su falsedad.

Sin embargo, por más que la razón ilustrada se afanara en mostrar el carácter irracional de la religión, lanzando dardos críticos contra ella, especialmente los llamados maestros de la sospecha, -Feuerbach, Marx, Nietzsche, Freud-, lo cierto es que el muerto no moriría, al contrario, gozaba de buena salud. Los vaticinios de los ilustrados sobre la irrelevancia de lo religioso en el mundo secular no se vieron confirmados en la práctica. La muerte sociológica de Dios no impidió que, tras la crisis de la razón ilustrada, la sociedad haya vuelto su mirada hacia la religión, aunque de maneras diferentes. Este retorno de lo religioso, que favorece el rechazo a un concepto de racionalidad que nos encierra en la inmanencia, presenta un fuerte acento individualista y subjetivo.

1.8 Narrar hoy la Buena Noticia

Para el cristiano esta “vuelta de la religión” al escenario social es a la vez un *síntoma* de cómo la existencia está rodeada de un “misterio”, que se resiste a ser desentrañado, y una *preocupación* porque esas expresiones religiosas a veces no hacen referencia a ninguna Trascendencia, sino a la profundidad inmanente del sujeto que en ellas se expresa. Es cierto, retorna la religión, pero en medio de un “eclipse de Dios” (M. Buber). Tarea prioritaria del cristiano será hablar de Dios narrando el amor que se nos ha manifestado en Jesucristo y ponerle en el centro de su búsqueda y testimonio. Esto es la evangelización: llevar la Buena Noticia a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, renovarla y transformarla desde dentro (EN, 18).

Al haberse modificado los centros de interés, los criterios y principios sobre los que el hombre actual levanta su vida, se necesita una nueva evangelización, que sea portadora de una novedad que, sin renunciar a lo esencial, salga al paso de esa falta de dinamismo que vemos en la fe cristiana. El diálogo que la fe viene manteniendo desde el Concilio con la cultura moderna, tras años de mutuos desencuentros, nos ha enseñado que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (GS, 22). La encarnación cristiana se presenta como la respuesta de la fe al momento sociocultural que vivimos.

1.9 Interrogantes de la cultura al anuncio del evangelio

“La ruptura entre Evangelio y cultura es, sin duda alguna, el drama de nuestro tiempo” (EN, 20). Y es que una fe que no encuentra medios para poder expresar su contenido en la cultura de su tiempo o que sigue haciendo uso de categorías propias de otra etapa histórica, difícilmente podrá ser vivida como buena noticia, especialmente en una cultura donde la ausencia de Dios ya no es un drama y la indiferencia religiosa crece.

Desde el Concilio hasta nuestros días se han hecho muchos análisis sobre la cultura actual, poniendo de manifiesto los retos y las posibilidades para la evangelización. Sin olvidar los valores que despliega la actual cultura conviene enumerar algunos de los retos que nos obligan a entrar en diálogo con ella:

- a. *El Hombre crece, Dios mengua.* ¿Cómo habremos narrado (vivido) los cristianos el Evangelio para que tantas personas rechacen la fe? ¿Qué imagen de Dios hemos transmitido, que les impide acogerlo como buena noticia para su vida? El Concilio en la GS 19-21 nos da un buen palo achacando el mal a la falta de testimonio y compromiso de los creyentes. Y no le falta razón. No hemos asumido la fe en forma militante y martirial. Por otro lado, la autonomía reivindicada por la modernidad se muestra tan autosuficiente e individualista que no sólo tiene problemas para aceptar a Dios en su horizonte, sino también al otro, a cualquier otro.
- b. *Ciencia versus religión.* En realidad la ciencia y la fe no deberían darse la espalda, les cae mejor la confluencia que el conflicto, porque mientras la primera cubre el reino de lo empírico, la fe se extiende sobre cuestiones de significado último y del valor moral. Pasteur decía que la poca ciencia aleja de Dios, pero que la mucha ciencia acerca a Dios. Sin embargo, desde Galileo se ha ido extendiendo la idea de que a medida que avanza la ciencia, la religión se retira. El éxito de la razón científico-técnica salta a la vista: soluciona muchos problemas que presenta la vida humana. Esto ha llevado a muchos a rechazar todo conocimiento que no se ajuste a este uso concreto de la razón. Resulta sorprendente, sin embargo, cómo muchos científicos reconocen los límites de esta razón para responder a esas cuestiones de la existencia (sentido, origen, finalidad, etc.), que podríamos llamar metafísicas.

- c. *Creer es comprometerse.* Para un amplio sector social, la fe se reduce al compromiso ético, al margen de toda referencia trascendente. Es decir, la razón acabó apropiándose el contenido ético del Evangelio ante la muerte sociológica de Dios. Si en algún momento histórico fue necesario insistir en el conjunto de exigencias que emanan del Evangelio, hoy, por la visión inmanentista, propia de un neopaganismo, la transmisión de la fe -anuncio del Dios gratuito- se ha convertido en un problema, por lo que “la tarea que nos espera hoy es ser testigos y guías del Misterio.”
- d. *Retorna la religión, se eclipsa Dios.* Con el siglo XX murieron los metarelatos totalizadores pero hemos pasado a una época de religión sin Dios. La muerte de Dios se vivió como una tragedia, pero hoy Dios ha devenido en indiferencia ante los múltiples discursos religiosos que tratan de gestionar la “*insoportable levedad del ser*”. (Kundera). Chesterton caracterizó muy bien la situación actual al decir que “Cuando los hombres no creen en Dios, no es que no creen en nada, es que creen en cualquier cosa”. De ahí el atractivo de la *New Age* -un cajón de sastre donde cabe de todo- una espiritualidad a la carta. Dios es sustituido por una vaga fuerza cósmica, la gracia por la energía, y la salvación, por la realización personal inmediata.
- e. El secularismo moderno se compone de tres elementos característicos de toda religión: pecado, salvación y paraíso. Se pone el acento no en el pecado sino en la angustia y soledad de la persona moderna. Se considera salvación a la auto-realización personal e individual, y el principio del placer inmediato reemplaza al paraíso. No hay espacio para una visión de comunidad, para una vida de entre-ga. No se menciona jamás la cruz. Todo excepto el sacrificio está permitido. La gratificación tiene que ser inmediata. Imposible un compromiso permanente. La religión está bien pero en la sacristía, confinada a la esfera individual para que no interfiera en el placer, los proyectos individuales y el lucro. Paul Ricoeur describe la sociedad moderna como de producción y consumo. Hoy el consumo es una religión, los grandes almacenes son los templos modernos, dios es el dinero, y la trascendencia, la búsqueda de la eterna juventud.
- f. *El diálogo interreligioso en un mundo globalizado.* El fenómeno migratorio favorece el encuentro de culturas y religiones en una misma zona geográfica. La creciente presencia del Islam en el mundo, así como de otras religiones y culturas, nos plantea el reto permanente de dialogar con otras identidades religiosas y culturales, pero sin renunciar a las nuestras.
- g. *El declive de la verdad en un mundo plural.* En estos tiempos de relativismo post-moderno, el sólo pronunciamiento de la palabra “verdad” ya provoca en amplios sectores sociales un instintivo rechazo a la misma por lo que tiene, según ellos, de coacción e intolerancia. El pragmatismo, que no se pregunta por una verdad objetiva, sino que tiende a sentirse más allá de la verdad, más allá del bien y del mal, es el resultado de una desconfianza radical en la capacidad de la razón para alcanzar la verdad. Sin embargo habría que decir con Machado: “¿*Tu verdad? No, la verdad, y ven conmigo a buscarla, la tuya guárdatela*”.
- h. *Las ambigüedades de la cultura digital.* El primer terremoto que trastornó el mundo -la agricultura- arrastró a los primeros nómadas de las cavernas a los valles. El

segundo terremoto –la industria- convulsionó la sociedad rural. El tercero y de gran intensidad, que estamos ya viviendo –la informática- ha producido un nuevo periodo de la historia caracterizado por la globalización, con cambios profundos y acelerados (G.S., 4). Ya no solo vivimos una época de cambios sino un verdadero cambio de época. Las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación han favorecido el tránsito de la galaxia Gutenberg a la galaxia Internet, por tanto nuevas posibilidades para la comunicación del Evangelio, pero como todo instrumento, también nuevas ambigüedades.

1.10 El nuevo marco para la ERE de la religión en la escuela

Para la Iglesia, el carácter propio de la ERE está en el hecho de penetrar en el ámbito de la cultura. “Entendemos la enseñanza religiosa como materia escolar ordinaria por ser exigencia de la escuela. Es confesional, entre otras razones, por ser un derecho de los padres a educar a sus hijos según sus propias convicciones. Y, finalmente, la concebimos como síntesis de fe y cultura ofrecida al alumno, por ser inseparable de la formación humana” dicen los obispos de la CEE. Ni es catequesis, ni una cultura religiosa que ponga entre paréntesis la confesionalidad del profesor, puesto que la credibilidad de lo que se enseña se muestra también en la credibilidad del que lo enseña.

1.11 Contribución de la ERE a la formación de la persona

Los retos anteriores tienen un eco especial en el ámbito escolar, al ser éste un espacio que atiende a la formación integral de la persona por medio de una transmisión orgánica, sistemática y crítica de la cultura. En la escuela, el alumno se encuentra con la visión de la realidad en la que se forma, los modelos de pensamiento que le ayudan a elaborarla, el código ético que guía sus comportamientos y el marco social en el que se integra su colegio. Esta formación integral exige que la transmisión de la cultura no se reduzca sólo a aquellos saberes fundamentados en una racionalidad instrumental, pues así se estaría impidiendo, al menos como pregunta, la posible relación del hombre con Dios. Es en el marco de esta formación integral donde hay que situar la necesidad del saber religioso en la escuela, pues ésta no sólo debe instruir en conocimientos y destrezas, sino también educar, algo que no se puede realizar sin el cultivo de las diversas dimensiones de la personalidad de los alumnos, entre las que se encuentra la religiosa.

Desde el punto de vista académico, la ERE, como cualquier otra asignatura, tiene un desarrollo curricular, y el fin que pretende es posibilitar la síntesis entre la fe y la cultura en el interior del proceso educativo. Por medio de esta enseñanza religiosa el alumno integra en su formación humana la dimensión religiosa, logra un diálogo interno entre la fe cristiana y el saber humano y procura que los sentidos de vida propuestos por otras disciplinas puedan integrarse en el sentido radical que proporciona la fe.

A medida que el alumno va conformando su personalidad con la incorporación de los datos objetivos de los distintos saberes que le transmite la escuela y la interpretación de los mismos, el saber religioso le presenta, en un diálogo con la cultura en la que vive, el sentido cristiano del hombre, del mundo y de Dios. En resumidas cuentas, presenta al alumno la totalidad de la vida humana a la luz de la revelación de Dios en Jesucristo. Es esta inculturación del Evangelio en la escuela la que nos obliga a estar atentos a las claves culturales que definen dicho ámbito, pues sólo así nos encontramos con los desafíos que nos dirigen cuando queremos presentar el mensaje cristiano. Ante los desafíos señalados, el saber religioso que se transmite en la escuela debe ayudar al alumno a dar una respuesta a los mismos. Este sería el camino a recorrer:

- a) Frente a los que se empeñan en confrontar a Dios contra el hombre hay que afirmar que en la revelación cristiana la gloria de Dios y la gloria del hombre se suman y consuman juntas. Lo propio del evangelio no es o Dios o el hombre sino Dios y el hombre.
- b) Frente a la exaltación del conocimiento científico, propio del cientifismo, hay que decir que éste “lleva al empobrecimiento de la reflexión humana al verse privada de los problemas de fondo que se han planteado constantemente, desde el inicio de la existencia terrena” (FR, 88). La mentalidad utilitarista, derivada del uso exclusivo de la razón científica, nos empuja a concebir nuestra relación con Dios desde una clave funcional, lo que supone hacer de Él un objeto a nuestra disposición. Recuperar la dimensión trinitaria es fundamental para desterrar el ídolo que hemos levantado en función de nuestros intereses.
- c) La moral en el cristianismo es el resultado de una experiencia religiosa en la que convergen la llamada de Dios y la respuesta humana. Es cierto que del Evangelio emanan una serie de exigencias y de valores que, con el correr del tiempo, han entrado a formar parte del patrimonio ético de la humanidad, pero si Dios desaparece del horizonte humano, la ética no tendrá apoyatura alguna y será muy difícil de echar al hombro.
- d) El diálogo ecuménico no puede llevarse a cabo ocultando la verdadera identidad de cada uno en aras de un consenso que oculte las diferencias. El diálogo no puede basarse en la indiferencia religiosa. No debemos temer que nuestra esperanza pueda ofender la identidad del otro porque es el *anuncio gozoso de un don* para todos, propuesto a todos con el mayor respeto: el don de la revelación del Dios-Amor (NMI 56).
- e) Los cristianos estamos convencidos de que existe la verdad, que ésta tiene un rostro concreto, Jesucristo, y que en la Iglesia y por la Iglesia se hace Él mismo presente al mundo. Ahora bien, el ofrecimiento de esta verdad de Dios caería en el vacío si no fuera aceptada en la fe y testimoniada, lo que no invalida el esfuerzo de la razón por conocerla. El fideísta olvida siempre que la pregunta que el hombre se hace sobre sí mismo es la base para oír la respuesta cristiana.
- f) Finalmente, una educación que pretenda la formación integral de la persona ha de procurar *humanizar* la cultura digital, para lo cual será necesario que, a la vez que ofrece saberes y da habilidades técnicas, sea capaz de transmitir sabiduría y conformar actitudes. Estar en la red nos puede proporcionar una información nunca antes soñada; sin embargo, esto no nos hace más sabios. La Iglesia, experta en humanidad, puede ofrecer las claves y la sabiduría para procesar esa información en una cultura caracterizada por lo efímero (Lipovetsky).

Juan Pablo II nos ha recordado que la locura de la Cruz es “la auténtica crítica de los que creen poseer la verdad, aprisionándola entre los recovecos de su sistema” (FR, 23). Sólo la fe en Jesucristo puede llevar a cabo “lo que la humanidad experimenta como deseo y nostalgia” (FR, 34).